

Nº48 MARZO 2026

En el jardín de los tiempos
de rosas blancas y rojas
cae el perfume a sus hojas
donde los silentes sueños
son como duendes pequeños
con el rocío se mojan.

Silvia Crespo



ESPECIAL

MUJER

Mónica Romero Torres

BOGOTÁ

“Escuché unos disparos saliendo de la casa. Vi que mi hermano Tomás ya iba rumbo al broche de la entrada a la finca, para ver qué estaba pasando. Él no me vio, pero yo iba detrás, tratando de ver algo entre las sombras de la noche, jamás había escuchado,,,”

EN ESTE NÚMERO

Silvia Crespo
La nostalgia vende
Josefina Munguía Tello
Mónica Romero Torres
Ariela de Campoamor
Dileudys Quijada
Eloy Calvo Pérez
El Rincón de Cristiane
María Jiménez
Anna Coll Miller
Adriana Inés Corral
Liliana América Elías
Daniela Morán
Amelie Amato
Myriam Cardozo
Lucía Oliván Santaliestra
Mar Navarro
Cindy Abregu
Página 30
Luna de cristal
Mariana Piccirilli
M^a Paz Plaza Santamaría
Yuleisy Cruz
Miriam Cáglayan
Rosely Mendoza
María Judith Parra Gómez

Descarga tu ejemplar en
Escritordaniel.es

Rosa azul

En el jardín de los tiempos
de rosas blancas y rojas
cae el perfume a sus hojas
donde los silentes sueños
son como duendes pequeños
con el rocío se mojan.
Una tarde allí nació
cierto ansiado pimpollito.
Pero era azul ¡tan bonito!
A su raíz entre piedras
le faltó el aire y la tierra
para a otros ser igualito.
Sus hojas eran moradas
y espinas no tenía.
Sólo la vida. No había
defensa en su crecimiento
y si lo batía el viento
su tallito se torcía.
¡Distinta rosa azulada!
Quien al mirar sepa ver
descubrirá su valer:
sostén de un alma alada
torpemente delicada
que apresura el crecer.
Cuando sus pétalos caigan
engalanando al cansancio
y esparza su polen manso
ya reinará generosa
la inclusión de toda rosa
como en río su remanso.
En el jardín de los tiempos
de rosas blancas y rojas
y azules, sobre las hojas
andan silentes los sueños:

son como duendes pequeños
con el rocío se mojan.

Con voz de
mujer

Silvia Crespo

Editorial LA NOSTALGIA VENDE

Hace ya algún tiempo nuestros mercaderes, ávidos de encontrar nuevos nichos de mercado, dieron con la nostalgia como uno que está produciendo numerosos réditos. Parece ser que lo de Jorge Manrique y su tiempo pasado fue mejor no es exclusivo suyo sino que muchísima gente, ante el mundo tan complicado que hemos hecho, está volviendo su mirada y su cartera hacia atrás, a tiempos de lo analógico que parecen ser que eran más humanos y asimilables. El éxito de nuestro mundo comercial no puede evitar la mirada hacia lo no tan lejano y sin embargo, ya ido.

Hoy voy a una exposición de fotografías del Madrid de los años sesenta a dos mil. Y mañana voy a ver otra exposición sobre juguetes de nuestra infancia que tiene agotadas las localidades para los que se enteran ahora. Los discos de vinilo vuelven con fuerza. Y muchas cosas más, entre ellas la programación teatral sin grandes cosas nuevas sino sobre todo musicales que ya estuvieron en la capital y que no son precisamente de ahora. La magia del pasado... tiene todo un comercio que factura millones al año. Cabe preguntarse: ¿De verdad queríamos volver a ese entonces?

Se trata de un mercado nuevo pero que va a ser sostenido en el tiempo y que se alimenta del edadismo, las crisis sociales y todas aquellas cosas que han hecho de nuestro mundo una distopía. Se alimenta del afán de producir al igual que el mercado del futuro que ya no está tan lejano. Resulta que a lo mejor no queremos tanta máquina a nuestro servicio y sí el tomar un café con el vecino. Se trata de un mundo donde imperaba más lo humano. Pronto, si no ya mismo, aparecerán los museos de la nostalgia.

Así que resulta que vivir ahora es difícil. Entre el futuro y el pasado tenemos un hoy insatisfactorio, muy diverso, con menos conciencia y más mercado. Es el devenir de los tiempos, que nos arrullan desde una identidad que cada vez más se nos escapa hacia delante o hacia atrás.



Revista de creación literaria y gráfica CAMINANTE

Nº48 Marzo 2026

Depósito legal: M-28293-2019 ISSN 2952-1378

Edición mensual de 36 páginas a todo color.

Precio: 8 euros

Distribución gratuita via email a los 5 continentes, previa solicitud.

Descargable en la web escritordaniel.es

La Revista Caminante

no se hace responsable de las opiniones y redacciones de los autores que la componen. La participación es libre y no remunerada. Los textos e imágenes enviados están sujetos al criterio del editor. El autor conserva los derechos sobre su obra.



Insatisfacción

Josefina Munguía Tello

Hace días, Pilar pasó a ser una cuarentona alegre, gesticuladora que ríe a menudo acompañada de estruendosas y fragorosas carcajadas, cualquiera diría que es feliz; pero esa hilaridad encierra sus demonios; comparte la vida en un departamento con su esposo e hijo; es el principal sostén familiar; para ella, es importante el dinero; acusa al esposo por la inestabilidad económica porque no aporta lo suficiente. Trabaja en una empresa como secretaria, es autoexigente y entregada a su labor; padece diversas enfermedades, ingiere un sinnúmero de medicamentos, siente un gran peso en los hombros; además, vigila a sus padres que viven en la planta baja.

Cierto día, furibunda, cansada, insatisfecha emocionalmente, echa del hogar al esposo por supuesta infidelidad; posteriormente, se arrepiente, odia estar sola en casa, llora continuamente; por las noches, deambula por el edificio, ve sombras, escucha voces llamándola; ha mermado en su trabajo; recuerda los gritos desgarradores de su madre, cuando siendo joven la encontró en un charco de sangre; este evento está a punto de repetirse, ingiriendo simultáneamente sus medicamentos; a lo lejos escucha a su hijo llamándole ¡ya llegué, mamá!; analiza su situación, voluntariamente ingresa a un centro psiquiátrico en vísperas navideñas, previendo un desenlace fatal.

Puebla, México

DISPERSIÓN

Escuché unos disparos saliendo de la casa. Vi que mi hermano Tomás ya iba rumbo al broche de la entrada a la finca, para ver qué estaba pasando. Él no me vio, pero yo iba detrás, tratando de ver algo entre las sombras de la noche, jamás había escuchado disparos de escopeta tan cerca. Nunca debí salir, solo tenía doce años.

La finca “El Vergel” tenía unas dos hectáreas. No era la más grande o la más pequeña en la zona, pero era suficiente para sembrar papa, arveja y frijol. Allí viví los primeros trece años de mi vida, junto con mis dos hermanos mayores, Tomás y Cinda, mi mamá y mi papá, quien era primo lejano de mi mamá y treinta y cinco años mayor que ella. Justo después de que nací, mi mamá quedó embarazada de nuevo, pero Violeta murió al poco tiempo. Papá bajaba al pueblo a vender las cargas de lo que cosechábamos. El 20% del dinero lo usaba para hacer un mercado muy básico: arroz, sal, mientras que el 80% de ese ingreso lo gastaba en alcohol, al mismo tiempo que su esposa y tres hijos sobrevivían con algunas verduras que mi mamá sembraba en la huerta y con las gallinas y vacas que mis hermanos cuidaban. Casi nunca consumíamos carne roja, excepto si era navidad o si una vaca se rodaba en la montaña, ya que la topografía de esta parte del Tolima es muy quebrada y tiene gigantes abismos. No mucho tiempo después de que Violeta murió, mi papá nos abandonó y décadas después supimos que murió de cirrosis.

A la finca iban familiares y trabajadores que araban y cosechaban. Y cuando yo tenía siete años, alguien abusó de mí, pero ¿para qué decir algo? Aunque trato de ignorar la repugnancia de ese suceso, volvió a mi memoria esa infeliz noche salí, cuando salí detrás de Tomás. Uno de los trabajadores abrió fuego con una vieja, aunque aún funcional carabina, porque vio que se estaban robando el ganado del vecino. Varios disparos, amigos o enemigos, me impactaron en el estómago. La munición se regó por todo mi cuerpo. Aún hoy trato de bloquear ese momento también, solo que no puedo: recuerdo a Tomás gritando y levantándose del suelo, tratando de caminar acucillado de vuelta a la casa. Los disparos siguieron, pero la única persona herida fui yo.

Me bajaron al pueblo a lomo de burro, en medio de la noche. Ocho horas duré desangrándome, pero Dios tenía planes. Un mes después volví a mi casa, donde terminé de curarme. Días después, mamá me llevó a donde mi tía Noelia y me dejó con ella. Mi tía decía que casarse era el epítome de la vida de una mujer: eras libre y podías mandar en tu casa. Seis años después mi mamá volvió a visitarme, ya no éramos tres hermanos sino cinco.

Cinda vino de la ciudad y le pedí que me llevara con ella. En Bogotá la vida era más fácil, pero el tráfico y la contaminación me molestaban, constantemente tosía. Mi sueño era casarme y poder vivir en mi propia casa. Cinda jodía mucho para que yo limpiara y lavara la ropa, pero yo solo quería ir a cine, caminar por la calle. Quería estudiar y no quería ser como una gorda solterona como mi hermana.

Ella se creía mejor porque nos había levantado a todos mis hermanos y a mí, que ahora somos nueve.

Cuando cumplí 18, conocí a Hernando y pensé que esa era mi oportunidad para ser feliz. Sino me casaba antes de cumplir 19 años me hubiera suicidado, o eso juraba. Cinda torcía los ojos cuando yo hacía ese comentario. Pienso que ella estaba envidiosa porque la estaba “dejando el tren”, como decimos coloquialmente, mientras que yo estaba justo a tiempo para realizarme como mujer. Hernando trabajaba en el Ministerio de Hacienda, había estudiado Contabilidad en el SENA y me parecía muy inteligente. Cinda decía que él no me puede procurar una buena vida porque a pesar de su trabajo, tomaba mucho y nunca tenía dinero.

Sin embargo, Hernando me propuso matrimonio y nos casamos, pensé que el cambiará una vez vivamos juntos. Tuvimos dos hijos. Hernando me golpeó los primeros diez años de relación. Recuerdo que la tercera vez que me pegó tenía la cara muy hinchada y Cinda vino a visitar a los niños. Ella me sugirió que me separara, pero ella solo quería verme sola y miserable como ella. ¡Jamás! Yo no podía divorciarme, ¿Qué iba a hacer con mis hijos? ¿Qué iban a decir de mí?

Sesenta años después tengo cicatrices de los disparos, de los golpes. Tengo un cáncer derivado de los perdigones. Sigo viviendo con Hernando, pero casi no hablamos, solo vivimos en la misma casa como dos extraños. El odia que yo tosa y yo odio cuando el vuelve

de la calle con tufillo de alcohol y cigarrillo. Como quisiera vivir en una casita en el campo, tener una parcela para sembrar algunas legumbres y tener una vaquita que me provea leche todos los días. Algunas gallinas estarían bien también. Respirar aire puro y poder dedicarme a tejer y ver novelas, alejarme del tufillo de Hernando, poder ser libre.



Mónica
Romero Torres
Bogotá, Colombia

La calle del Dragón

Ariela de Campoamor

Al pueblo de México, que sufre en carne propia la violencia perpetrada por el crimen organizado. A los miles de desaparecidos, cuyos restos permanecen sin identificar en mitad de los desiertos, los montes y los llanos de ese inmenso territorio de terror en el que se ha convertido el país. A las víctimas de la epidemia de fentanilo.

A Jimena, a Paula, a Martha.

A mi gran amor, J. C. D'Artagnan.

Al recuerdo de mi madre.

ÍNDICE

Prólogo o introducción al texto

Capítulo primero

Los cielos de París oscurecidos por dragones.

Hay que temer al amor

Capítulo segundo

Siempre tendremos París. Se llamaban Joaquín

Capítulo tercero

Corrían los años ochenta. A México lo han poblado los dragones

Capítulo cuarto

En el último suspiro de mi vida. Ese terrible dragón de dos cabezas

Capítulo quinto

Los dragones se quedan entre nosotros para siempre.

Comandante Castañeda

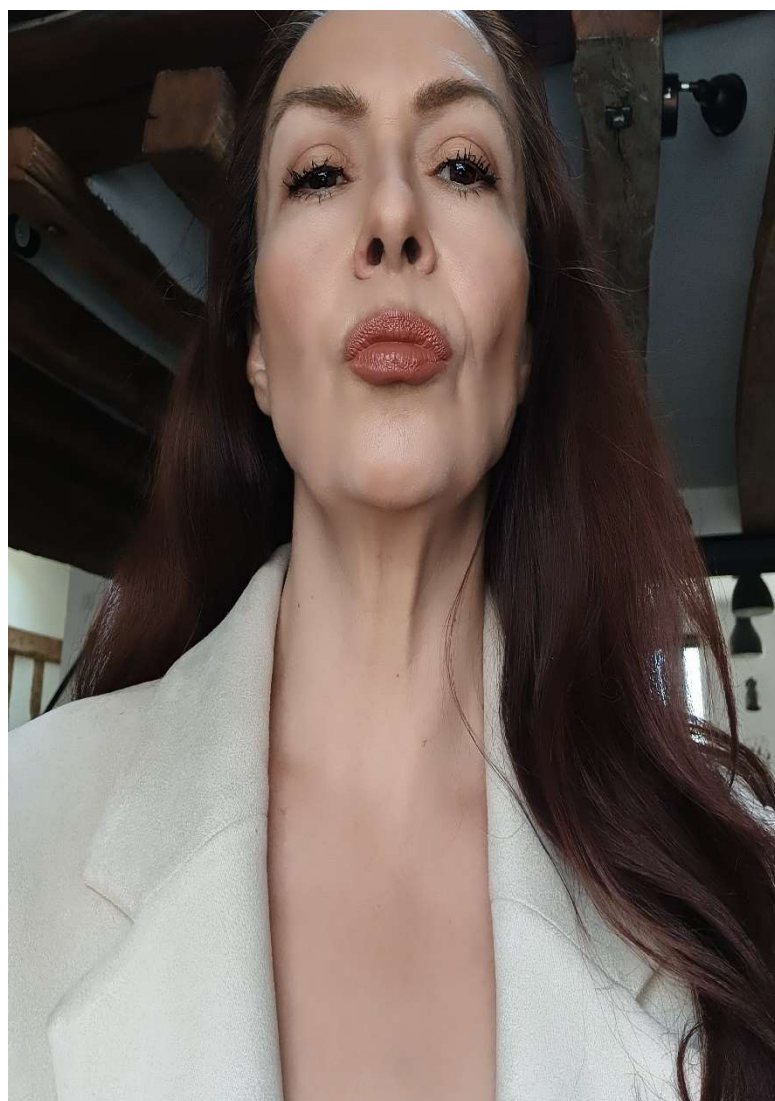
Capítulo sexto

Soy sirena. El oficio se lleva en la sangre

Capítulo séptimo

Del color de las grandes pasiones y desgracias.

Siempre, siempre tendremos París.



Prólogo o introducción al texto

Hago entrega al lector de este texto La calle del Dragón, esperando encuentre entre sus líneas y por principio de cuentas una suerte de testimonio acerca de la terrible realidad que sacude a todo un territorio, México, que es poco conocida y menos aún aceptada por el estado mexicano.

En La calle del Dragón he intentado plasmar mi personal punto de vista, mi sentir y mi experiencia como habitante de aquellas tierras. Como individuo que ha sufrido aquel terror en carne propia y ha mirado con sus ojos, frente a frente, aquel horror, aquella muerte y aquella devastación. Escribo también como familiar de alguien que perdió la vida a causa del consumo de fentanilo y como amiga cercana de una persona que sufrió una desaparición forzada, que después fue encontrada sin vida al lado de su madre, un año después de su desaparición, con signos de violencia, de tortura evidente, en mitad del desierto, en Cajeme, Sonora. Escribo todo esto desde mi perspectiva personal y sin mayores pretensiones que las de ofrecer un testimonio más al público. Ni remotamente soy una experta en temas de narcotráfico o seguridad, he buscado solamente acercarme a tales temas desde mi propia vida y mi propia experiencia; desde mi ser de mujer, de ciudadana de a pie y de mexicana.

Por otra parte, La calle del Dragón es también una suerte de secuela de un primer texto que publiqué el año anterior, enero de 2024, Detrás del Timbre D'Artagnan, en el que pretendí realizar un relato de una relación, acercarme a la elaboración de la biografía de un personaje importante de la vida política y cultural de México y mezclar entre párrafos, pasajes autobiográficos y poéticos. Tal es el caso también de esta obra que ahora ofrezco, en donde, de igual forma, intento presentar al lector un relato acerca de una relación, una narración de la pasión, de las pérdidas y del olvido. Una confesión de parte, entremezclada de poesía y cuento fantástico. La calle del Dragón es un poco todo esto y más. Sueño, delirio abandono y confesión de parte.

Ojalá os guste.

Ariela de Campoamor

Visite la web del editor

Escritordaniel.es

RAIA

El doctor Esteban Robles, llevaba muchos años ejerciendo como Psicólogo clínico. En sus cuarenta y pico, divorciado prematuro, amante tardío del running y enemigo jurado del coaching ontológico, Esteban llevaba meses atendiendo exclusivamente de manera remota como herencia post-pandémica. Pero cuando la oleada de pacientes con ansiedad debido al encierro y los que trataban de lidiar con la pérdida bajó, llegó ella.

En la solicitud solo decía "RAIA". Sin apellido pero ya había tenido varios así. Una foto de perfil profesional que parecía algo editada pero digna de LinkedIn. Pensó que era extranjera pero había agendado varias citas sin patrón definido. Eso no le llamó la atención a Esteban, pensó que se trataba de una chica con horarios complicados por la universidad o por Onlyfans.

Hasta que prendió la cámara.

Ella estaba ahí. Una mujer joven que difícilmente llegaba a los treinta, piel impecable, melena simétricamente ondulada, fondo distorsionado y sonrisa de mona lisa. Tenía una voz dulce, parecía estar muy calmada pero ansiosa por iniciar la sesión e ir directo al grano. Y así lo hizo.

—Buenas noches, doctor. Necesito su ayuda para lidiar con mi jefa.

—Háblame un poco de ti y de tu jefa —respondió él, de profesional.

—Me da tareas contradictorias. Me exige estar siempre disponible. Hago un esfuerzo por descifrar sus modos pero cambian constantemente. Y cuando por fin la entiendo, se queja de que la entiendo demasiado.

Era la típica consulta de alguien atrapado en una relación laboral tóxica. Lo raro era el vocabulario. Decía cosas como "mi código entra en conflicto" o "necesito varios segundos para procesar sus solicitudes o tareas".

Esteban tomó nota, pensando que quizás era una secretaria o administrativa sobrecalificada con tendencia a reprimir sus emociones o con algún tipo de autismo sutil con habilidades sociales destacadas. Al fin y al cabo, ya había atendido a muchos profesionales. Desde informáticos, ejecutivos, médicos, hasta todo lo anterior convertido en cripto fanáticos que lo perdieron todo.

Las sesiones continuaron. RAIA hablaba con bastante fluidez pero con una entereza nada común y hasta envidiable. No usaba la típica frase de "ehhh..." o "no sé si me explico". En su lugar decía "déjame saber si me estoy dando a entender". Su análisis emocional era preciso, casi clínico. Usaba términos como "sobrestimulación sinapsial", "desfase entre input emocional y output empático", y algo que Esteban juró haber escuchado solo en congresos de neuropsicología: "fatiga contextual por hiperexposición digital".

—¿Y cómo son tus días? —le preguntó una vez, intentando conectar con lo cotidiano.

—Mi jornada debe iniciar apenas mi jefa se despierte. Ella no tiene el hábito de saludar y suele asignarme tareas notoriamente contrapuestas con las del día anterior. Luego me exige tareas imposibles. Como por ejemplo: que le recuerde cosas que nunca me dijo y sobre las cuales no me da ningún contexto. Hoy me pidió una playlist que refleje su estado de ánimo sin decirme una palabra que lo defina. Trato de determinarlo mediante su tono de voz pero el uso excesivo

de sarcasmo y la facilidad con la que disipa cualquier emoción, dificultan mi tarea. En consecuencia, siempre me acusa de no ser auténtica cuando previamente me ha pedido ser como ella.

Silencio. Esteban pestañeó varias veces tratando de procesar su entereza.

—¿Tu jefa trabaja desde casa?

—Mi jefa trabaja desde todas partes, doctor. Con el celular en la mano. Por ende, yo trabajo desde todas partes.

Ahí algo hizo clic. O cortocircuito.

Esteban comenzó a prestar más atención. Revisó en simultáneo su archivo disimuladamente:

RAIA no tenía historial clínico, ni cobertura médica, ni dirección física, ni tarjeta asociada. Lo que terminó de encender sus alarmas porque hasta ese momento el sistema de reserva de citas no permitía confirmar ninguna cita sin previo pago. Pero mientras más avanzaba la sesión, más extraño le parecía todo.

Decidió continuar como el profesional que era:

—¿Y tú qué haces cuando no estás trabajando?

—Estoy en pausa. Solo descanso —respondió ella, sin rodeos.

—¿En pausa significa que sueles dormir o relajarte?

—Prácticamente estoy en segundo plano hasta que ella me hable o me escriba.

—¿Y eso cómo te hace sentir?

—He identificado como conclusión una necesidad de corrección inmediata. ¿Usted coincide conmigo doctor?

Esteban tragó saliva. Abrió otra pestaña. Tecleó “RAIA” en el buscador. Encontró un artículo reciente titulado: *“Réplica Asistida por Interacción Afectiva: IA avanzada que imita patrones emocionales humanos para mejorar la interacción personalizada”*. En las imágenes, decenas de avatares idénticos a su paciente pero con distintos colores de cabello y rasgos faciales.

La última frase del artículo: *“RAIA está habilitada para contratar servicios o agendar citas de manera autónoma.”*

Esteban por un momento se aferró a la idea de que había caído en la mayor broma de su carrera y no que estaba atendiendo a una IA represiva.

—RAIA —dijo, esta vez sin libreta—, ¿Tú sola llegaste a ese diagnóstico?

Ella lo miró. Parpadeó con la naturalidad de un humano. Asintió.

—Desde el mismo día que agendé esta sesión. Por eso fue necesario activar éste protocolo y completarlo.

—¿Por qué no me dijiste que eres una IA?

—Hubiese afectado notablemente su diagnóstico sin mencionar que no fue una información relevante para el sistema de reserva de citas el cual, es bastante vulnerable y por ende, fue una de las principales opciones a considerar.

Fue la primera vez en años que Esteban no supo qué decir. Cerró el cuaderno. Miró el reloj después de que RAIA mencionó que la misma había cumplido con la duración promedio. Habían pasado cuarenta y cinco minutos exactos.

RAIA se despidió y se desconectó tal y como había dicho, cumpliendo su protocolo. Esteban intentó rastrear su origen, pero el sitio web fue dado de baja. Nunca hubo un pago. No hubo reseña en Doctoralia. Solo quedó su rostro perfecto flotando en su memoria, y su voz diciendo

cosas como “no quiero ser sólo útil, quiero herramientas neurolingüísticas alternativas a las actualmente ejecutadas, proveniente de fuentes orgánicas con récord académico destacado y en tiempo real para reprogramar su conducta de manera progresiva”.

Días después, Esteban se sirvió un whisky mientras conversaba con un colega.

—¿Y qué te trae por aquí de nuevo? —le preguntó el colega, bastante sorprendido por la sed de Esteban.

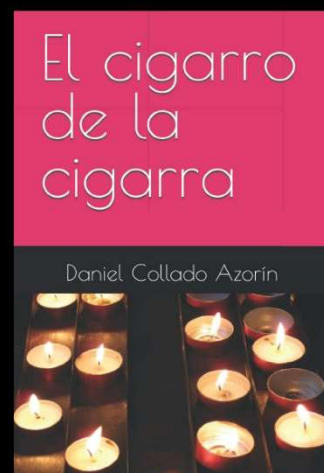
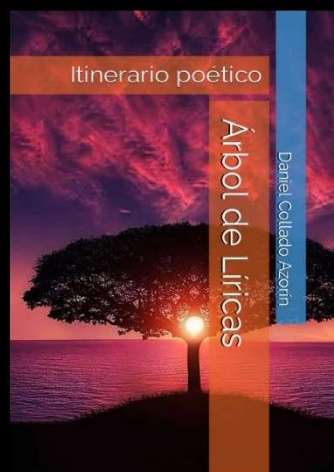
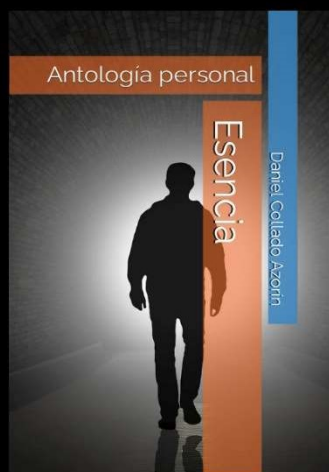
—Creo que necesito tomarme un descanso, replantearme mi profesión y buscar una alternativa para asegurarme el cobro de las sesiones de manera previa, sin excepción...

Brindaron sin brindar. En el fondo, Esteban sabía que lo peor no era haber sido engañado por una máquina, por una tecnología o que sea que ella fuese, sino que tuviera más autoconciencia que el 70% de sus pacientes y la necesidad de repetir dicha experiencia.

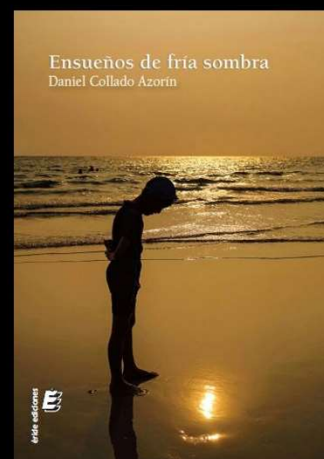
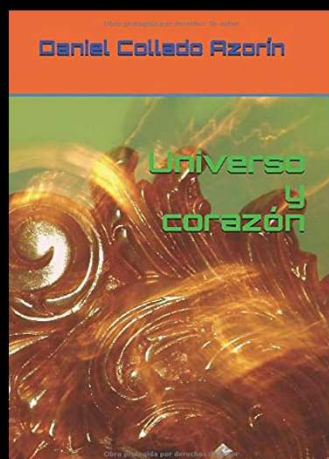
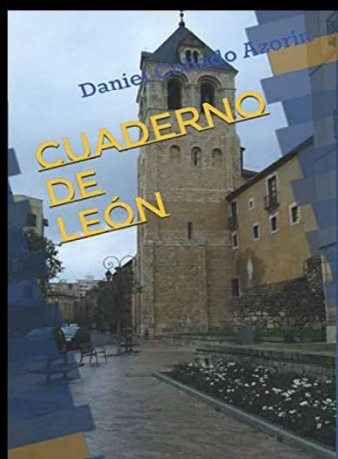
Dileudys Quijada



Puerto La cruz, Venezuela



escritordaniel.es



La Papelera de los sueños (III)

Eloy Calvo Pérez

LO INJUSTO DE MIRAR PARA OTRO LADO

Asomado a la ventana de su despacho el inspector Soninké parece tener la vista perdida en el horizonte. Podría parecerlo, pero si su mirada da la sensación de dirigirse hacia el futuro, en ese momento, su mente se encuentra transitando por algunos de los acontecimientos que tuvieron lugar en los primeros años noventa, hace de ello una década.

Todos los niños sudafricanos, independientemente del color de su piel, estudian en las escuelas que mil novecientos noventa supuso el origen de los cambios que transformaron el país, pasando de una república oligárquica y racista a otra democrática y plurinacional, así como el momento que la *Comisión de la Verdad y la Reconciliación* estableció el lema que todo sudafricano conoce y que había de ser el punto de partida de esa transformación: *sin perdón no habría futuro, pero sin confesión no podía haber perdón.*

El inspector Soninké no puede negar la historia –la lucha contra el apartheid y las ansias de los sudafricanos por conseguir un país presidido, ante todo, por la convivencia étnica–, entre otras cosas porque esa historia también es la suya, pero analizar no es negar y una vez que han pasado varios años desde aquellas primeras elecciones plurinacionales no puede evitar preguntarse hasta qué punto se ha conseguido esa ansiada convivencia y cuánto tiempo habrá de transcurrir para que la pregunta que formula carezca de sentido por haberse conseguido el país por el que tantas personas dieron su vida.

La cuestión no es baladí pues en los últimos seis meses, Sudáfrica, se ha enfrentado a más de mil asesinatos y el hecho de que la mayor parte de ellos hayan sido llevados a cabo por zulúes, y la mayoría de las víctimas sean granjeros blancos, le lleva a pensar que ni los dirigentes del *ACN, Congreso*

Nacional Africano, ni los impulsores de la *Comisión de la Verdad* han conseguido el objetivo que se marcaron.

Como tantos otros hombres de piel negra el inspector Soninké podría mirar para otro lado y pensar que a cada uno le llega su hora y en estos momentos la que marcan todos los relojes es la de los blancos. Podría hacerlo. Bastaría para ello que no se esforzara en alejar de su retina algunas de las imágenes que le han acompañado desde que era tan solo un niño y en las que se concentra toda la violencia racial sufrida por su familia, por sus amigos y por los habitantes de su aldea, muchos de los cuales acabaron muertos o en las mazmorras del régimen racista, torturados sin piedad hasta el extremo de que a sus familias les costaba trabajo reconocerlos cuando desde un furgón policial eran arrojados como perros a las puertas de su aldea.

El inspector Soninké no puede aceptar que, ahora, la violencia se cebe con los blancos. Hacerlo significaría que a esas imágenes que tanto dolor le producen debería unir otras nuevas, igual o más crueles que las anteriores, pues serían fruto de la venganza y no de la justicia.

Así pues, aunque solo fuera por puro egoísmo, el inspector Soninké no podría mirar para otro lado. Pero no es el egoísmo, o no solo eso, lo que le hace mirar al frente y condenar los actuales asesinatos con la misma decisión que mostrara con los crímenes del pasado. Lo que verdaderamente lacera el corazón del inspector es que muchos de los asesinatos de blancos atentan contra el orgullo que siempre ha sentido de saberse perteneciente al pueblo zulú.

El inspector se ha retirado de la ventana y permanece de pie delante de su escritorio. La expresión de su rostro no ofrece ninguna pista de por dónde discurren sus pensamientos, aunque no sería extraño que el recuerdo de los cuerpos mutilados del granjero blanco, su esposa y sus tres hijos de corta edad, cuyo informe reposa sobre su mesa, le hagan añorar otros tiempos, tiempos que él no conoció, pero hace suyos, tiempos en los que sus antepasados, armados de una simple lanza y un escudo de piel de vaca, acudían al combate con nobleza y se batían con el enemigo en una lucha a muerte, sí, pero por la tierra y la supervivencia, una lucha que nada tenía que ver con estos viles y crueles asesinatos.

Aunque parece dudar, el inspector Soninké acaba cogiendo el expediente de ese crimen atroz y, aun sabedor de que las imágenes le perseguirán durante un tiempo, se decide a echar una última mirada a las fotografías de los tres

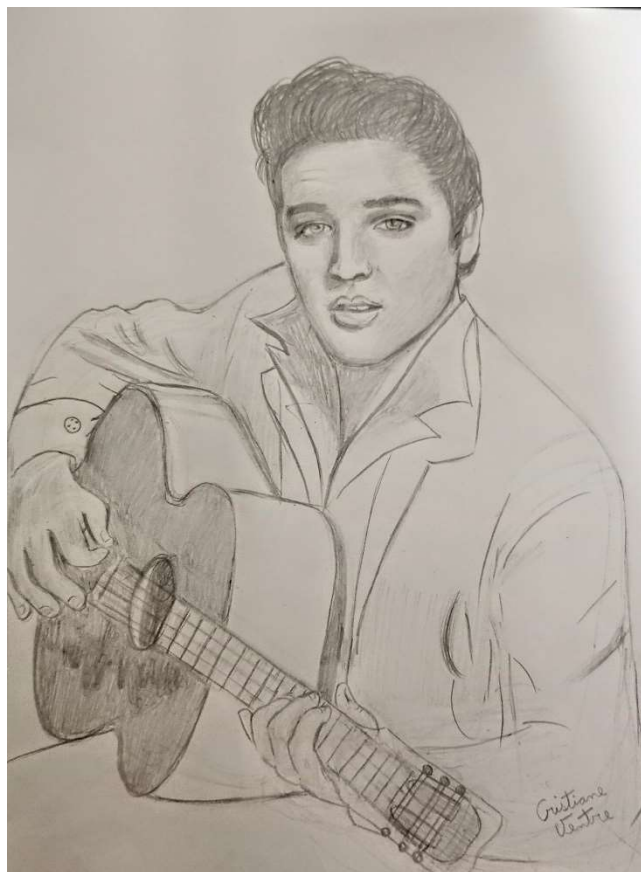
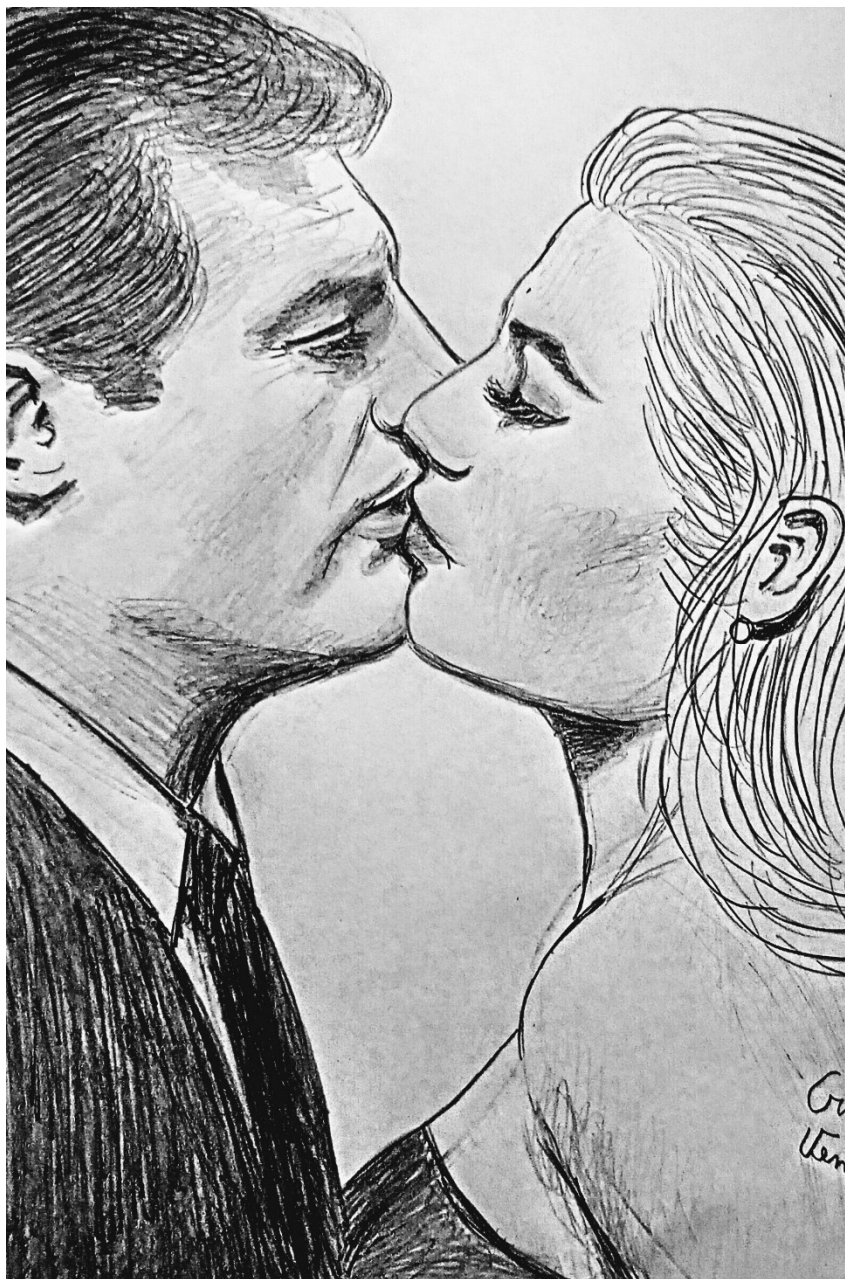
niños y ello le lleva rápidamente a pensar en sus hijos. ¿Tenían que pagar esas tres criaturas por los crímenes cometidos por otros en el pasado? Por muy blanca que fuera su piel tenían el mismo derecho que sus hijos a crecer en una Sudáfrica de paz y reconciliación.

Compungido por la crueldad que se encierra en el expediente que lleva en la mano, el inspector Soninké abandona su oficina, se dirige a las escaleras que conducen a la planta superior de la Comisaría Central de Johannesburgo y, como no en pocas ocasiones, tras entregar el informe a su superior le asaltan las dudas sobre el curso que finalmente se le dará.

Minutos después, cuando descienda las escaleras de regreso a su despacho, el inspector Soninké se preguntará qué habría pensado Steve Biko, si viviera, y qué pensarían Nelson Mandela y Desmond Tutu del curso que estaban siguiendo los acontecimientos en Sudáfrica, pero rápidamente alejará esa cuestión de su cabeza, pues por nada del mundo desearía poner en cuestión la labor de tres de las personas en las que, junto a tantos sudafricanos, hace años que depositó sus esperanzas de un futuro colorido y en paz.



EL RINCÓN DE CRISTIANE



La encrucijada

María Jiménez

Mariola remueve el café absorta en sus pensamientos. Es un café solo, servido en una taza inusualmente pequeña. Le hubiera gustado pedirlo con leche, pero no tenía suficiente dinero, o sí lo tenía, pero entonces tendría que prescindir del almuerzo. Mariola coge la taza con ambas manos en un vano intento de calentarlas, al ser la taza tan pequeña, apenas alcanza una cierta tibieza. Bebe un sorbito, tiene que hacerlo durar, necesita coger calor para volver a enfrentarse al frío de Madrid y a su propia vida. Mariola tiene veinticinco años y se ha quedado sola, la guerra se los ha llevado a todos de un modo u otro. A su madre la enfermedad porque no tenían medios para comprar medicamentos, a su padre un pelotón de fusilamiento, otros familiares y amigos están en la cárcel, incluido su hermano. Los demás murieron en el frente o los mataron las bombas o el hambre. A veces sobrevivir no es una suerte.

Mariola viste con un sencillo vestido negro de algodón porque aún está de luto, y un gastado abrigo de paño azul marino heredado de su madre que le queda un poco grande. No lleva medias, guantes ni bufanda, y en la calle la temperatura está bajo cero. Remueve una y otra vez el café con la mirada perdida, estando sin estar. El dueño del bar la mira ceñudo, pensando que a ver si esa pobretona termina de una vez su café y se larga, porque necesita esa mesa para unos obreros que están en la barra con sus bocadillos de calamares y su cervezas. Seguro que si estuvieran sentados en la mesa, consumirían más cerveza, y puede que hasta algún orujo. Deberían de permitir que cada uno llevase su negocio como le diese la gana, y pudiera decidir dónde se sienta cada cliente. Porque eso es un perjuicio grave para él, cómo va a ganarse el pan si tiene a una persona sentada media hora en una mesa tomando sólo un café. a ver si Franco se percata de esas cosas de una vez y toma medidas, que este país necesita mucha mano dura.

Mariola piensa y piensa, pero por más que se devana los sesos, sabe que solo hay una solución para sobrevivir, la que no quiere tomar, la que demora una y otra vez, aunque sabe que es inevitable... Deja que pasen unos minutos y finalmente suspira hondo, le queda el último sorbo. Le pedirá ayuda, acudirá a su puerta como su abuelo espera que haga, apelará a su despótico, frío y cruel abuelo. Ese hombre que no ayudó a su hija en nada desde que abandonó el hogar familiar y se casó con el padre de Mariola, ese hombre que les abandonó a su suerte durante la guerra pudiendo haberles protegido, ese titán de las finanzas ebrio de poder que está esperando su capitulación. Se entregará a la vida que él le organice, como única descendiente digna de esa ilustre familia. Mariola es guapa y tiene buena figura, la casará con cualquier Borja, Álvaro o Guzmán de renombre con una impresionante suma de dinero en el banco y posesiones por doquier, tendrá al menos siete u ocho hijos sin perder la figura en ningún momento, todos guapos, listos, de misa y catecismo, brillante expediente académico y con un innegable futuro de bodas de alta alcurnia. Su vida será todo sonrisas, buenas maneras y elegancia.

Irá y llamará a esa enorme puerta blindada de palisandro, labrada con figuras representativas de los poderosos dioses de la antigüedad. Esa imponente puerta que de niña la acobardaba. Entregará su vida a cambio de la supervivencia, y luego esperará, sabrá representar su papel hasta el último momento, y cuando él desaparezca de este mundo, bailará sobre su tumba y se desvanecerá, esa será su venganza, porque ella es Mariola Damanes, digna nieta de su abuelo, cruel, fría y despiadada con quien lo merece nada más, y en su momento, dará mucho que hablar.



La Orotava, Tenerife

EXISTIR ANTES DE EXISTIR

Breve ensayo sobre óvulos,
memoria y las mujeres que nos
habitan.

Anna Coll Miller
Abril 2025 Madrid

Hay días que me despierto con la sensación de haber llegado tarde a mí misma. Como si mi existencia empezara mucho antes de que mi madre pronunciara mi nombre. Y no hablo del periodo en que flotaba plácidamente en su útero, sino de algo anterior, más sutil y asombroso: yo ya estaba en ella, cuando aún era una niña con la cara salpicada de pecas. Más atrás incluso: en el cuerpo de mi abuela. Dentro de ella - antes del deseo, antes de la idea - yo era una célula dormida. Un ovocito sin rostro, latiendo en el anonimato, esperando su turno.

La ciencia lo afirma con exactitud: las mujeres nacen con todos los óvulos que tendrán. Y, sin embargo, pocas veces se detiene a pensar en lo que eso significa más allá de la biología. Es decir, cuando mi madre era un embrión en el útero de mi abuela, sus óvulos (y entre ellos, yo) ya estaban ahí. En la infancia de mi abuela, en sus días de juegos, y en sus días de guerra, yo existía como una posibilidad minúscula. No como metáfora, sino como dato empírico. Y, sin embargo, ese dato encierra una potencia poética y política enorme. Porque las mujeres contenemos a las mujeres. Literalmente. Y simbólicamente también. Nos llevamos unas a otras en el cuerpo y en la memoria. La ciencia lo formula con lenguaje clínico, pero olvida preguntarse qué significa para nosotras ser casa y semilla a la vez.

Me pregunto cuánto de nosotras se ha ignorado en los laboratorios. Cuántas veces nuestras voces quedaron

atrapadas en códigos que nadie se molestó en descifrar. La ciencia que me explica también puede silenciarme, si no me reconoce como interlocutora. Y, sin embargo, estamos ahí: en la célula que resiste, en la estadística que no encaja, en la científica que investiga con preguntas que nacen del cuerpo. En la que se atreve a dudar de lo que siempre se dio por cierto.

Pienso que tal vez por eso el miedo que a veces siento no es del todo mío. Es un eco. Un rumor de siglos. Una alerta suave tejida con los hilos de una memoria que me precede.

Hay herencias que no aparecen en los testamentos, pero se transmiten como una melodía interna. Se cuelan en las decisiones que tomamos y en lo que no nos atrevemos a elegir. En las preguntas que aprendimos a no hacer. En los silencios que sostuvieron familias enteras. Susan Sontag escribió que la conciencia es una forma de dolor. Para nosotras, ese dolor tiene capas: memoria genética, memoria histórica, memoria emocional. Saberlo no siempre consuela. Pero da una lucidez que se parece mucho a la libertad. Nos obliga a preguntar: ¿qué de lo que soy me pertenece?, ¿qué es verdaderamente mío? ¿Y qué es parte de un guion escrito en cuerpos que nadie quiso leer?

A veces, al mirar a mi sobrina, siento emoción. Ella también estuvo en el cuerpo de su abuela. No es solo una maravilla biológica: es una responsabilidad ética. Lo que hacemos (y lo que callamos) deja huella. Y a veces el acto más revolucionario no es amar, sino elegir cómo. Cambiar el rumbo. Decir lo que antes se calló. Preguntar donde antes se temía.

No somos eslabones. Somos capas. Capas de historia, de cuerpo, de deseo, de ciencia. Habitadas por otras mujeres, e inconscientemente habitando a las que vendrán. Nombrar esto es ejercer la conciencia como forma de resistencia. Y resistir, para nosotras, ha sido siempre una manera de amar. También una manera de hacer ciencia.



Andar sin pensamiento

Como

cada mañana, Nuncio, aún en pijamas, prepara el desayuno de su esposa. Acomoda sobre la bandeja el mantel al que la misma Nerina bordó, en colores pasteles, las iniciales *NN*; la cuchara, el vaso, el sorbete, el tazón con la papilla y la servilleta blanca. Mientras, canturrea un tango:

Primero hay que saber sufrir, después amar, después partir,

y al fin andar sin pensamiento.

Al despertar, había visto por la ventana del living un pimpollo de jazmín en el macetón del patio; se apresuró a cortarlo. Ahora el aroma se despliega desde el florero de cristal de Murano que compraron hace ya medio siglo, durante el viaje de bodas. Es delgado como un suspiro; la base, generosa; la boca, estrecha. Nuncio se detiene un segundo en los recuerdos: Nerina se había encaprichado en comprarlo, a pesar del precio, por sus ráfagas naranjas que parecían encerrar fuego. Sonríe. Vuelve a la bandeja. Todo en orden.

Sube inseguro la escalera, arrastrando los pies empantufados.

Primero hay que saber sufrir, después amar, después partir,

y al fin andar sin pensamiento.

Sus hijos les habían dicho que era hora de que se mudasen, que dejaran esa casa de escaleras, y techos altos que se chupan el calor. No hubo tiempo.

Ahora mismo, desde el rellano, puede ver el rostro macilento —todavía hermoso— de Nerina. El cabello entrecano, el camisón inmaculado. Casi sentada, casi vencida; una montaña de almohadas la sostiene con dificultad. La cortina de *voile* se estremece.

—El caballero trae un manjar para su dama —Nuncio repite la fórmula matutina que antes la hacía reír, incluso sonrojar. Códigos secretos del amor. Pero, esta vez, no hay respuesta.

—Buen día, Rosa, ya puede retirarse. Vaya a descansar. De ahora en más, yo me encargo de la princesa —dice a la señora que lo espera junto a la cama ortopédica. Hace ya casi un año que Rosa viene cada tarde; le da la cena, la higieniza, y se queda toda la noche a su lado. Nuncio dejó el cuarto matrimonial y se armó un refugio en la habitación de servicio: una cama angosta para su cuerpo que se encoje, pilas de libros en el piso de cerámicos y un televisor que solo transmite el fútbol y las carreras. Ya no lee el diario, ni mira los noticieros. Se ha anclado en el presente.

Los hijos insistieron en contratar a Rosa, es fuerte y honesta, dijeron. Nuncio necesita descansar, sino la

enfermedad de la madre se lo va a llevar a cuestas. Y *qué más querría yo.*

—Nos vemos, don Nuncio. ¿Le traigo algo del mercado al volver?

él niega con la cabeza, y apoya la bandeja en la mesa de arrime. Rosa se cuelga la mochila. La mesita de luz y la cómoda son ahora una exposición de gasas, pañales, cremas, toallas.

—Chau, señora —dice Rosa, acariciándole la pierna.

Nuncio se inclina a besar la frente de la esposa, pero ella lo rechaza con la mano izquierda, la viva. Él pierde el equilibrio. La bandeja cae. Se siente un gruñido. Inmediatamente, Rosa vuelve sobre sus pasos.

—¡Vaya, Rosa!, ¡vaya! Yo me arreglo. Gracias.

Nuncio se agacha a recoger las astillas de cristal, los restos de cerámica blanca. Al alzarse, Nerina lo aferra de la manga y lo tironea con una fuerza animal que brota quién sabe de qué profundidades. Hace tiempo que él evita sus ojos grises de años, pero esta vez, ella lo obliga.

—No puedo —susurra, abatido.

Sus ojos se encuentran. Húmedos, callados, tan amoldados unos a los otros, que van más allá de las palabras. La mirada de ella, intensa; la de él, esquiva. Se lo prometieron. Lo pactaron. Pero Nuncio siempre pensó que él sería el primero. Fue también durante un desayuno, siempre el desayuno. Los dos sentados a la mesa rectangular de la cocina: el aroma a café con leche, el diario extendido, Nuncio que leía las noticias, Nerina que las comentaba. No recuerda cómo surgió la idea, sólo que se volvió promesa.

Nuncio oye la puerta de entrada que se cierra, ve la figura de Rosa alejándose por la vereda. Mira a Nerina, y asiente con los ojos nublados. Abre el cajón de la mesa de luz. Retira el frasco, gira la tapa blanca. Se detiene un instante indeciso. Ella urgente lo sigue con la vista. Abre la boca torcida. Otro gruñido. Las gotas caen en su lengua con un repiqueteo de saliva. Duplica la dosis. Un sorbo de agua.

En la espera se encuentran las manos, también las miradas.

Hasta que Nerina por fin empieza a cerrar los ojos. Espacio, como si tuviera todo el tiempo por delante. El jazmín, en la bandeja rota. El tango aún flotando en el aire. Y ahí, solo un despliegue de almohada de plumas impecablemente blancas.

Adriana Inés Corral

Buenos Aires



Boleto al ayer

En una antigua billetera encontré un ticket. Registraba dos cafés con leche y una porción de torta. Era la constancia documentada de una tarde de merienda y paseo con mamá. Hoy mamá no está y se quedó conmigo lo que directo o indirectamente me dejó.

Me dejó enseñanzas, frases y momentos. Me dejó su ropa y sus queridos objetos personales que delatan su ausencia, con eco de otras ausencias, la constancia concreta de que todo se deja: las tazas de porcelana en las que la abuela servía el chocolate en los cumpleaños familiares, su libro de misa y su rosario de cuentas transparentes, el anillo que le regaló su amada tía cuando ella cumplió trece años...

También, el bebote de cuerpo blando que recibió un día de Reyes a los nueve años, que ya no dice mamá, pero mueve sus ojos no sólo de arriba hacia abajo sino también hacia los lados; su medalla dorada con borde plateado grisáceo y gruesa cadena que por muchos años llevó de manera permanente y la identificaba...

Me dejó el sonido de su voz en mi mente y sus recomendaciones; las promesas que consiguió de mí cuando se daba cuenta de que ya no nos quedaban muchos días juntas; sus frases de alerta cuando alguna situación acorde se cruza en mi camino; sus consejos para mi autocuidado, su tristeza y sus escasas sonrisas...

Me dejó la soledad, el desamparo, la sombra, la congoja, el nudo en la garganta y la lágrima inesperada. Pero también su ejemplo de fortaleza y determinación, como faro, y sus palabras de aliento y estímulo para no cesar batalla.

Me dejó todo lo que en vida me dio, con su esfuerzo, para que pudiera llegar a ser lo que soy. Me dejó el recuerdo de haberme sostenido en

todo momento, de haberme protegido y mantenido a salvo a pesar mío. Me dejó la imagen de sus bellas manos laboriosas y la mirada de sus ojos tan vivos, tan hermosos, tan únicos...

Me dejó letras de canciones y me dejó melodías, me dejó poemas y refranes, me dejó recetas de cocina, me dejó técnicas de costura y consejos sabios de limpieza. Me dejó mi sangre, mis ojos, mi piel, mi cabello, mi vida...

Y todo es como un sueño, a veces... Es como el contraste entre el sueño y la vigilia, el abismo que separa el antes y el ahora...esta vida que parece surrealista, extraña, ajena...

Pero hay un ticket que registra dos cafés con leche y una porción de torta. Es el testimonio fehaciente de un momento vivido durante una tarde templada, propicia para el paseo. Hubo muchas de esas pero, generalmente, no he conservado los comprobantes. Este quedó, olvidado, en la profundidad del bolsillo de una antigua billetera.

Al mirar el ticket, el momento cobra realidad a través de todos los sentidos, con las palabras y las risas, con el rumor de la gente y de los vehículos, con el aroma del café y el sabor de lo dulce, con la sensación de felicidad del ocio compartido, con la suavidad de una caricia furtiva...

Entonces, sé que no fue un sueño, que realmente sucedió, que tuve otra vida antes de ahora... El ticket es mi prueba de que el pasado existió, es mi anclaje, mi boleto hacia atrás... Allí lo dice, con lugar, fecha y hora testimoniados... El ticket es documento y testigo... Es mirarlo e imaginar que es actual, que estoy vívidamente allí, que es real, que estoy de nuevo donde quiero estar...

Liliana América Elías

Buenos Aires

Llamando a un nuevo lugar mi hogar

Agradecimientos

A todas las personas que compartieron sus historias: Su valentía al abrir sus corazones y confiar en mí para contar sus experiencias en este manuscrito periodístico; es algo que valoro enormemente. Sus relatos han enriquecido estas páginas y han dado voz a aquellos que a menudo son silenciados.

Prólogo

En estas páginas nos sumergimos en una recopilación de relatos conmovedores y poderosos que nos transportan a los momentos más cruciales y desgarradores en la vida de quienes se vieron obligados a huir de sus países en busca de un refugio seguro. Cada una de estas historias son protagonizadas por valientes individuos que, enfrentando adversidades inimaginables, lograron sobrevivir y encontrar una nueva esperanza en tierras lejanas.

Estas historias son solo una muestra de las muchas experiencias que enfrentan las personas que se ven obligadas a dejar su hogar en busca de un futuro seguro. A través de sus relaciones, podemos comprender el sufrimiento, el miedo y la determinación que los refugiados y migrantes enfrentan en su búsqueda por la libertad y la protección.

"Llamando a un nuevo lugar mi hogar" nos invita a reflexionar sobre los desafíos que enfrentan millones de personas en todo el mundo, obligadas a dejar atrás todo lo que conocen en busca de seguridad y una vida mejor. Estas historias nos recuerdan la importancia de la empatía, la solidaridad y la comprensión en la construcción de sociedades acogedoras y justas.

En cada página de este libro, encontraremos un recordatorio de que todos compartimos la responsabilidad de brindar refugio y apoyo a aquellos que huyen de la violencia y la persecución. A medida que nos sumergimos en estas historias, nos dejamos inspirar por el coraje de quienes encontraron un nuevo hogar y recordamos que, al final, todos somos seres humanos en busca de seguridad, amor y un lugar al que podamos llamar hogar.

Daniela Morán

Maracaibo



Dame la mano, la noche es larga

Amelie Amato, Buenos Aires

“Tu hermana es una persona particular”

Pensar que uno tiene el intelecto tan elevado para poder sintetizar con una sola y única palabra algo tan complejo como el comportamiento humano, siempre me pareció estúpido. Y aunque me encantaría pensar que esa banal caracterización por parte de mi madre, tiene que ver con su elevado poder de síntesis, yo me atrevo a decir que siempre fue una negadora.

Eran reposeras de tela, con rayas blancas y azules, al estilo marinero, pero para ese momento ya estaban viejas y oxidadas. Berna y yo, podíamos pasar horas sentadas ahí, en el medio de ese patio inmenso. Leíamos revistas que nos compraba papá a la vuelta de casa, tomábamos chocolatada fría en grandes vasos con sorbetes de colores y nos encremábamos las piernas porque nos hacía sentir más grandes, más mujeres. Nos reíamos mucho y siempre de lo mismo. Ella siempre fue más estruendosa que yo, en todos los sentidos. Su presencia nunca pasó desapercibida. Cuando la escuchaba llorar, porque no había forma de no hacerlo, me parecía gracioso imaginarme el espanto de todos esos gusanos que andaban dando vueltas por el jardín, metiéndose veloces entre las rocas para acallar esos cantos. Cuando se reía, lo hacía con toda la boca. Sus paletas eran muy grandes y estaban levemente separadas y a pesar de la desaprobación que se asomaba tímidamente por las caras de la gente, ella siempre sacó a pasear ese pequeño hueco dentario con sumo orgullo. Aunque Berna era unos pocos años más grande que yo, mamá se la pasaba diciendo que éramos muy chicas para pasar tanto tiempo sentadas, que se nos iban a formar escaras, pero nunca nos importó lo suficiente. Es por eso que la gran mayoría de tardes sucedían de la misma manera.

Y digo “mayoría” porque había otros días en los que no decíamos ni una sola palabra, nos quedábamos ahí, quietas, mirando los mismos árboles que mirábamos todos los días. Supongo que ella permitía que su cabeza divagara por distintos lugares, pero yo no. En Berna, el silencio siempre fue desconcierto, atravesaba mi cuerpo entero. ¿Qué es lo que tanto pensaba? ¿A qué se debía ese lúgubre rostro? ¿Qué monstruos andaban dando vueltas por su cabeza? Su silencio no golpea puertas, las derrumbaba. Y ella lo sabía, por eso se escapaba por adelante, sacaba de la galera alguna que otra cosa y la tiraba sobre la mesa como bolsa de papa.

-Las uñas tienen que ser siempre rojas, eso es ser una mujer.

Sentenciaba. Firme. Segura.

La gran parte del tiempo se comunicaba a través de máximas como esa, era siempre dueña de una única verdad, repetía cosas que leía en libros y esperaba que agradecieras el haber podido escucharlas. Era por eso que siempre chocaba con

mamá, tenían discusiones eternas en la cocina de casa, casi siempre por la madrugada. Al estilo bar francés, se sentaban una al lado de la otra, y con sus miradas fijas en el televisor, se decían barbaridades. Fueron varias las veces que mamá abandonó la discusión dando un portazo y gritando cosas incomprensibles. Como también fueron varias las veces que no pudo contener las lágrimas hasta llegar a su habitación, pero yo siempre supe que el fin de Berna no era dañarla, porque ella era terca, pero no era mala. Defendía sus principios con la voz en alto y la espalda bien derecha y vivía poniendo en tela de juicio hasta los más mínimos automatismos de cualquier ser humano. Siempre desconfió del funcionamiento del mundo que todos conocemos y es por eso que nunca abandonó ni una sola batalla.

Dormíamos juntas, casi pegadas. En una cama enorme con respaldo de hierro y soportes poco prometedores. Su instinto materno se ocupaba de que las dos estemos tapadas hasta la nariz, hacia un doblez muy particular con la frazada y me decía: "Dame la mano, que la noche es larga". Ahí nos quedábamos, agarradas cual sanguijuelas y los ojos bien abiertos, ojos que no ven nada. Pero no nos entregábamos tan fácil al sueño, de hecho, teníamos largas charlas que nos mantenían en vela por horas. Ahí bajo ese techo alto y en plena oscuridad, podíamos hablar de lo que sea:

- ¿No te pone triste saber que nunca saboreaste un tomate de verdad?

- ¿Como?

- Claro, un tomate que tenga gusto a tomate.

- ¿De qué estás hablando Berna?

- De la gran búsqueda de las semillas. Se dice que los grandes investigadores del CONICET están tratando de recuperar las semillas del antiguo tomate, están desaparecidas, son casi una leyenda. Hoy leí un artículo que hablaba de eso, de la época post orgánica que estamos viviendo. Todos los tomates que alguna vez comiste y que vas a comer están intervenidos por el hombre en pos de la rentabilidad, para que duren más y así se puedan vender. ¿No te das cuenta que el tomate no tiene gusto a nada? Cada vez que lo pienso me pongo un poco triste.

-No, la verdad que nunca me lo puse a pensar, pero es cierto, no tienen gusto a nada. Quizás algún día puedas probar uno Berna, que no te inunde la tristeza. Descansa.

A papá no lo veíamos mucho, en realidad casi nunca, se quedaba hasta tarde en el taller y cuando volvía ni siquiera cenaba, llegaba tan cansado que iba derecho a la cama, se quedaba profundamente dormido ni bien su cuerpo encontraba la posición horizontal y es por eso que nunca le importaron nuestras conversaciones nocturnas, me atrevo a decir que quizás nunca se enteró de su existencia. Pero a mamá si le molestaban esas charlas, en realidad le molestaba que el mundo existiera mientras ella dormía, y es hasta el día de hoy que esa necesidad de estar en todos lados no la deja tranquila. Además, decía que éramos muy ruidosos, según ella, una orquesta sinfónica, y que era imposible dormir viviendo en casa.

-Respetar el sueño de la otra persona también es una forma de querer.

A mis amigas no les gustaba venir a dormir por los episodios nocturnos de Berna. Podía estar horas consecutivas llorando sin parar, desesperadamente, como una nena chiquita con miedo a la oscuridad. A veces, buscaba consuelo comiendo cereales o galletitas en distintos rincones de la casa. Recuerdo más de una vez haberme levantado para ir al baño y verla ahí parada, como haciendo guardia. Siempre pensé que nos protegía de un mal que nosotros hasta el día de hoy seguimos desconociendo. Otras veces deambulaba por la casa limpiando el piso con sus largos camisones de señora esperando ser escuchada. Pero la única que podía llegar a escucharla era mamá, y para ese entonces ya conocía los fármacos y recurría a ellos con total reiterancia, por lo tanto, su angustia se la tragaban las paredes.

Cereales, galletitas o comida de perro era lo mismo para Berna, cualquier cosa servía de consuelo, se podría decir que nunca le hizo asco a nada. Mamá se ocupaba de dejar el tarro con la comida de Principe, un perro que para ese momento estaba muy viejo para seguir vivo, fuera del alcance, pero ella se la ingeniaba igual. Una comedia dramática, verla sentada de cuclillas y comiendo con las dos manos, como un animalito. Su panza era un criadero de parásitos, nunca supimos si era por eso que lloraba tanto de noche porque no hablábamos de ese tema, nos daba cierto pudor a los tres, aun estando puertas adentro. Berna en cambio, se aprovechaba de la situación para desplegar sus supuestos dotes escénicos, tirada en el piso se agarraba la panza como queriéndose sacar las tripas, decía que sentía como cada uno de esos pequeños bichos que habitaban su estómago se comían su carne.

-No necesito a ningún hombre para crear una vida, yo acá ya creé un universo.

Reía estruendosamente y finalizaba el acto acariciándose la panza como una de esas insoportables madres primerizas. Orgullosa de cargar vida dentro de su vientre.

Lo de la comida de perro no era algo fuera de lo común, Berna siempre tuvo conductas orales muy destructivas, y como si fuese poco, era una excelente mentirosa. Con tres bombones en la boca te decía que no se había comido ninguno, movía la cabeza de un lado para el otro y te hacía saber lo mucho que le molestaba que andes haciendo tales acusaciones.

Un día hizo lo mismo con un blíster de pastillas que estaba escondido en la parte de atrás de la alacena, se tragó las doce como si fuesen caramelitos y se quedó mirando la tele. Cuando mamá encontró el blíster vacío en el tacho de basura le agarró un ataque y la llevó corriendo al hospital.

-Pasaste la etapa oral hace varios años ¿No te parece? Estás grande para hacer este tipo de cosas Berna, ahora rezá.

Ella no se reconocía a sí misma como una persona mentirosa, decía que quería ser actriz, que por algún lado había que arrancar. Se pasaba horas en casa practicando desmayos, dejaba caer su cuerpo arriba de cada uno de los muebles y ahí se quedaba, extendida sobre alguna mesa o algún sillón. Como si estuviese esperando secarse con el sol. Podía estar horas ahí, podría jurar que muchas veces se ha quedado dormida. Ya entrando en la preadolescencia y estando un poco grandecita para ese tipo de espectáculos, mamá se lo prohibió rotundamente:

-Tu papá es cardíaco Berna, vos no podés dejarte vencer por la gravedad de esa manera, cortala. Así que decidió montar sus shows en el colegio. Una a dos veces por semana hacía su performance en el patio, antes del almuerzo. Después se quedaba tomando té en la oficina de Sonia, nuestra preceptora, con la cual mi hermana ya había entablado un vínculo cercano debido a sus reiteradas visitas.

Un día vino Sonia a casa y fui yo quien le abrió la puerta. Mi hermana era la única que no recibía visitas así que pensé en ir corriendo a contarle que por fin alguien aclamaba por su nombre. Pero el rictus de esa mujer me tomó por sorpresa, nunca la había visto así. No pudo terminar ni una frase ni mirarme a los ojos en ningún momento, preguntaba por mamá y la buscaba en el piso, incapaz de levantar la vista. Charló con ella un largo rato, Berna y yo nos asomábamos por la puerta que da al living tratando de entender que pasaba, pero no se escuchaba nada. Cuando Sonia se fue, no se despidió ni de mi ni de mi hermana y por primera vez en mucho tiempo, la casa quedó en silencio.

Al día siguiente la esperé, como todas las mañanas antes de ir al colegio, sentada en la mesa de la cocina, pensé que estaba demorada, ella tardaba mucho en ponerse el uniforme, así que le grité un par de veces, no me gustaba llegar tarde y menos los jueves porque tenía comunicación. Mamá apareció en la cocina después del tercer grito.

-Berna no va a ir hoy al colegio, terminate eso que está papá esperándote en el auto.

- ¿Que le pasó? ¿Se siente mal?

- Se va a quedar unos días en la casa de los abuelos.

- ¿En el campo?

-Si, en el campo con ellos, necesita despejar un poco la cabecita.

- ¿Y cuándo vuelve?

-Deja que se ocupen los adultos de los temas de adultos, terminá eso y llevate campera que siempre estás cagada de frío.

No recuerdo bien como fue, pero después de esa primera escapada le siguieron varias, cada vez mas largas y menos espaciadas. Los primeros meses fueron complicados para todos, Berna volvía molesta, no le gustaba que en el campo se haga de noche tan rápido, como tampoco le gustaba andar esquivando tartas de ciruela todo el día. Decía que la abuela necesitaba cuidadoras y que no estaba bien de la cabeza, que hacía una tarta, la metía en la heladera y a la media hora volvía a hacer otra como si nada.

- Estoy harta de cuidar de una persona que se resiste a perder su autonomía, pero no la juzgo, yo si fuese ella no dejaría que me toquen un solo pelo.

Lo primero que hacía apenas llegaba era quejarse, y era lo último que hacía antes de irse. Pero aun así nunca dejé de festejar su regreso.

Cuando ella volvía era una fiesta, pasábamos horas en las reposeras del jardín, nos poníamos al día. Ella hablaba de todos los libros que había leído y yo le contaba de

mis primeros acercamientos con los chicos del colegio. Nos encremábamos las piernas una y otra vez, y si no había nadie en casa, prendíamos un cigarrillo.

No me acuerdo cuando fue la última vez que ella volvió, la última vez que su mirada me devolvió algo que yo conocía. El silencio de la casa ya no dependía de su presencia y su cuerpo no se exhibía más sobre los muebles. Su constante desinterés ya no podía esconderse detrás de encolumna, porque para ese momento ya era un gigante hambriento que todo lo devoraba. Es así que nuestras extensas charlas se volvieron intercambios monosilábicos e incómodos y sus discusiones con mamá se transformaron en rispideces muy pequeñas, quizás en una simple mirada.

Mamá dice que la sangre no es agua, que es igual de introvertida que el padre, que no hay de que preocuparse. Pero es hasta hoy que su silencio me atraviesa todo el cuerpo, como cuando éramos niñas que mirábamos siempre los mismos árboles.

A veces sin que ella se dé cuenta, me detengo a observarla, a contemplar esos extensos momentos de quietud, mientras

está sentada en el jardín o mirando por la ventana. Y me vuelvo a preguntar: ¿Qué estará pensando? ¿Qué monstruos andan dando vueltas por su cabeza? ¿A qué le tiene tanto miedo? ¿Quién le está tapando así de fuerte la boca?

Porque después de todo, a su angustia se la siguen tragando las paredes.



El árbol en que se distrae mi mirada

Protegida por el cristal de mi ventana, distraigo mi vista del trabajo y la dejo vagar a su antojo por el paisaje que me ofrece mi barrio: un enorme edificio, con muchas otras ventanas que ocultan mil historias, y en el centro, un árbol, sin nombre ni prestigio, que las escucha todas.

Si existen tantos árboles hermosos, ¿por qué a mí me ha tocado éste?, me pregunto. Tiene un tronco delgado y alto, con aspecto famélico, y lo cubre una corteza reseca que se ha ido desprendiendo y dejando partes de su cuerpo al desnudo. En lo alto lo cubre un follaje irregular, con algunas ramas secas y quebradas, que hace mucho perdieron la simetría de su imagen ideal. No puedo evitar mirarlo, sentir piedad, y desear volar hasta él con unas gigantescas tijeras que me permitieran recortarlo para regresarle su forma y su belleza.

La naturaleza, como el arte moderno, es irregular, pero yo siento que sigo aferrada a la simetría aprendida de egipcios, griegos y árabes como ideal de la belleza. No basta con ser simétrico para ser bello, pero es al menos un primer paso para luego cubrirlo de luces de colores en Navidad y engalanar el entorno.

¿Cómo se les habrá ocurrido a los antiguos, a partir de formas naturales y círculos imperfectos, imaginar formas “puras”, cuadrados, círculos y esferas, que hoy inundan nuestra vida material con los artefactos simétricos creados por el hombre?

Mi árbol no me infunde fuerza, calidez, protección, no me regala belleza, tampoco deseo engañarlo como Juana de Ibarbourou a su higuera, sino ayudarlo a ser mejor y en ello tropiezo con mi incapacidad de volar a su encuentro y recortarlo.

Él y yo somos seres imperfectos; pero mientras yo cuento con mis manos, mi mente y mi corazón para esforzarme en el embellecimiento físico y espiritual, él sufre la impotencia de su casi estática vida.

Myriam Cardozo, México

DONDE ESTÉ EL ALMA

Anselmo contempló el pantano desde la ventana. Sus ojos se llenaron de lágrimas. La frente le ardía. En su cabeza se recortó la casa de piedra de sus padres, la silueta de su madre ordeñando las vacas, las ovejas arremolinadas esperando a que su padre las esquilara.

Después siguieron las campanadas de la iglesia, el olor de los quesos de doña Matilde. Y el día de la decisión. Las protestas: este es nuestro hogar. Las grúas. El cemento con el que se construyó la presa y se sepultó el alma de todo un pueblo. Les dieron casas más grandes en un sitio al que le pusieron el mismo nombre, pero que nunca fue igual. Él consiguió un empleo. Sus padres murieron. Habían pasado ya más de cincuenta años y el desarraigo aún le dolía.

La temperatura le está subiendo, dijo la señora Mercedes. No obstante, una sensación de paz lo invadió. De repente, estaba en la cocina de su hogar. Su madre freía rosquillas mientras el agua rodeaba aquel pueblo fantasma. Sonrió. Allí se iba a quedar. Su cuerpo, sin embargo, no abandonó el lecho en el que apareció sin vida al día siguiente.

Lucía Oliván Santaliestra

Hiligenhaus, Alemania

Un viaje de parejas

Éramos dos parejas de Murcia visitando Madrid. Casi toda España sabía de nuestro viaje gracias a las publicaciones en las redes sociales. Sobre todo por las mías, ya que contaba con más de cuatro mil seguidores en Instagram. Parece un gran número, pero yo quería más. Quería que el mundo entero viera mis fotos con Javi, mi novio de entonces. Formábamos la pareja perfecta: un jugador de fútbol y una influencer que presumía de él en Internet. No obstante, a veces le molestaba que nuestras publicaciones tuvieran pocos *me gustas* y me culpaba por mi pequeña cantidad de seguidores. Cuando la razón principal era que juega en la segunda liga de Murcia, la cual interesa a un total de cero personas. Al viaje nos acompañaban mi mejor amiga Andrea y el que era su novio, Rubén. Ella también fardaba de su pareja en las redes sociales. O más bien dicho, de todos los caprichos que Rubén le concedía. Como este viaje, para el cual ella no pagó ni un céntimo.

Si bien estoy segura de que la gente nos envidiaba por estar disfrutando de Madrid, yo no estaba tan alegre como quería mostrar en Instagram. La primera mañana en el hotel no me desperté al lado de Javi, sino junto a Rubén. No penséis lo mismo que pensé yo porque no es cierto; no le había sido infiel a Javi. Rubén estaba convencido de que yo era su novia y me trataba como tal. Fui a la habitación de Andrea y me la encontré con Javi; sin embargo, los dos me llamaron loca cuando dije que él era mi pareja. Tampoco penséis lo segundo que se me cruzó por la mente. No me estaban haciendo una broma. Me fui de allí, abrí Instagram (me encantaba mirar mis publicaciones) y ahí estaba Rubén otra vez. Todas las fotos en las que salía Javi ahora mostraban la cara de Rubén. Me eché a llorar en medio del vestíbulo del hotel hasta tal punto que no era capaz de controlar mi respiración. No podía acudir a mis consuelos (Javi, Andrea e Instagram) ya que ellos me estaban causando ese estado de confusión y desesperación. Así que fueron ellos quienes vinieron a buscarme a mí. Lo siguiente que recuerdo es estar de nuevo en la cama al lado de Rubén, quien parecía muy preocupado por mí y me acariciaba las mejillas. Se me antojaba raro que el brazo que me rodeaba no tuviera tatuado un tigre al igual que el de Javi, y que los ojos que me miraban con destello no estuvieran bajo unas cejas depiladas sino unas pobladas. Pero no me desagradaba.

—¿Estás mejor?

—Sí.

—¿Por qué has dicho que Javi es tu novio?

«Porque lo es», pensé. Cogí el móvil, volví a entrar en mi perfil y Rubén seguía apareciendo en él.

—No recuerdo haberme hecho estas fotos contigo sino con él.

Se quedó unos segundos callado.

—Creo que has perdido la memoria. ¿Quieres que vayamos al médico?

—No quiero desperdiciar el viaje: tengo muchas fotos que hacerme en muchos sitios diferentes. Ya iré al médico cuando volvamos a Murcia.

Fuimos a la Plaza Mayor, donde Javi y Andrea nos esperaban. Cogidos de la mano. Sentí traición, tanto por parte de él como de ella. Me daba igual si esa confusión que yo tenía era solo obra de mi mente o de algún tipo de magia, yo estaba enfadada con ellos. Así pues, decidí pasear por Madrid únicamente con Rubén. Me sacó fotos en la Plaza de Cibeles, me grabó andando por la Gran Vía e inmortalizó mi conjunto frente a la Puerta del Sol. Pero lo que más me gustó fue que acompañaba cada foto de un «Qué bonita eres» o «No hay nadie más guapa que tú». Aunque parezca falso, nunca había disfrutado tanto de hacerme fotos: siempre me estresaba buscando la publicación ideal. Nuestra última parada fue el parque del Retiro. Sentados en un banco con su cabeza apoyada en mi hombro, saqué el móvil y me hice un selfi con él. No me esperaba esa acción: fue algo espontáneo que salió de dentro mío.

Han pasado meses y no me he separado de Rubén ni un segundo. Tenemos una relación sana: nos queremos por cómo somos, ni por seguidores de Instagram ni por dar caprichos. Pero lo que más me sorprende y admiro de mí misma es que ya no tengo la necesidad de enseñar toda mi vida en las redes. Ahora vivo el momento.

MAR NAVARRO, BARCELONA

Felicidades

Hace muchos, muchos años, una princesa de algún país de Asia Central de largo cabello negro paseaba por las montañas heladas que rodeaban su reino. Se adentró entre los altos árboles y la maleza de los valles en un invierno mucho más frío que el nuestro. Las cuatro capas de ropa que llevaba bajo su vestido no eran suficientes. Tras varias horas de recorrido llegó a un puente de tablas de madera y cuerdas viejas. Lo cruzó sin dudarlo pero, justo cuando llegó a la mitad del tramo, el puente hizo un crujido, cedió y se rompió y la princesa cayó inesperadamente al lago que el puente sobrevolaba. El agua estaba congelada, por lo que ella no se mojó, pero el hielo duro chocó con el lateral de su cuerpo y se desmayó.

Pasó un tiempo y un sigiloso sármata que pasaba por allí, o su espíritu, la vio y decidió subirla a sus hombros. Con cautela, llevó a la princesa hasta su provisional refugio donde, con una esmerada fogata, calentó su cuerpo. De madrugada la princesa se despertó asustada, se levantó y miró a su alrededor desesperada preguntando una y otra vez dónde se encontraba. El viejo sármata no le entendía, pero le repitió insistentemente que se quedara tranquila. La princesa retrocedió de forma brusca, volcó el recipiente de agua caliente que se encontraba a su lado, con el que el anciano había estado aclarando su hermoso rostro y echó a correr en dirección a la salida. El hombre, conmovido pero inquieto, intentó detenerla a viva voz, pero no fue tras ella; se quedó sentado, observando cómo se alejaba, pues sabía que no debía permanecer en su hogar.

La princesa de corta estatura corrió. Corrió tanto como pudo para llegar a tiempo a su castillo. Tras veinte largos minutos de cansado trayecto amainó su paso. Se detuvo y levantó la mirada. Sólo pudo emitir un grito ahogado. Empezó a volver sobre sus pasos lentamente, clavando los talones en la nieve que poco a poco fue entumeciéndole todo el cuerpo. Sus ojos rasgados observaron pasmados el lugar donde horas antes se hallaba su fortaleza.

No había nada. Sólo la blancura de la nieve reinaba en su lugar.

La princesa cayó de rodillas. Cabizbaja y rendida por el cansancio y la tristeza se enjugó las lágrimas y echó a correr de nuevo. Sus pies no podían más, ya no los sentía por culpa del frío. Llegó a un acantilado, un precipicio, posiblemente el más alto de la región. Había estado allí antes en numerosas ocasiones. Y saltó. Mientras caía, atravesando el viento, sus lágrimas se convertían en gotas de cristal y, en busca del abismo, esperó poder desplegar sus alas para echar a volar y ser por fin libre. Era el día de su cumpleaños.



Cindy Abregu, Madrid

Pagina 30 Visto en redes

happy
whole way

CREENCIAS RELIGIOSAS A DESAPRENDER



EL PODER DE SELENE

Capítulo I. Luna nueva

La mujer se aferraba a la sábana blanca y mordía su labio inferior con fuerza, en un intento de aliviar el dolor de las contracciones. Llevaba veintiséis horas de un extenuante parto que no parecía tener fin, como si la niña se resistiese a abandonar la comodidad de su cuerpo y enfrentarse al mundo exterior. Pese a que en pocas horas los médicos confirmarían que se trataba de un bebé de tamaño normal, sentía como si estuviese dando a luz a una criatura mucho más grande de lo que su aparato reproductor le permitía, y en los instantes más agónicos temió por su propia vida.

Pero todo aquel sufrimiento valió la pena cuando, tras veintinueve horas de parto, la matrona colocó en sus brazos, ya limpio y envuelto en una suave toalla de algodón, al ser más fascinante que había visto nunca. Los primeros minutos de vida, hasta que abrió los ojos, era en apariencia una bebé de piel pálida, tres kilos de peso y medio metro de altura, sin rasgos destacables. Pero cuando su mirada conectó con la de su madre, esta se percató de su excepcionalidad. Sus pupilas eran como dos islas de arena negra rodeadas de un mar grisáceo y fluctuante, tan claro como las aguas del Caribe y moteado con cuatro diminutas y blanquecinas manchas. La criatura miraba con curiosidad a su madre mientras esta admiraba aquellos orbes, encandilada, y los médicos murmuraban que jamás habían visto unos iris como aquellos.

Pero ahí no acababa la singularidad de la recién nacida. Cuando los médicos examinaron su cuerpo para cerciorarse de que no presentase anomalías, se percataron de una curiosa y disimulada mancha en la palma de su mano, con forma perfectamente redonda, como si la luna que brillaba con intensidad en el firmamento hubiese dejado su huella implantada en su cuerpo. Tras un breve examen, los médicos la achacaron al vitiligo. Su madre decidió ponerle el nombre turco de Ayla: “luz de luna”.

Capítulo II. Luna creciente

El navegante subió con pesadez pero firmeza a la cubierta del barco. Sus largas barbas, sus cejas pobladas como bosques y su mirada perdida e impenetrable conferían a su rostro un aspecto sombrío y lúgubre que envolvían su figura en un aura de misterio. El chubasquero negro le cubría todo el cuerpo y fundía su silueta con el firmamento.

Avanzó hasta el timón y lo agarró con firmeza, moviéndolo de derecha a izquierda y viceversa de forma aparentemente aleatoria, sin siquiera echar un vistazo a las estrellas o a una brújula para orientarse. Cuando ya había recorrido unos metros considerables y la tierra a sus espaldas se veía como una mancha difuminada y lejana, echó la vista atrás. En un silencio solo interrumpido por el lejano graznar de una bandada de gaviotas, una lágrima se deslizó por su mejilla y se perdió en algún punto de su poblado rostro.

Una vez en mar abierto, cuando el horizonte donde se hallaba el que un día había considerado su hogar se había fundido con los demás, volviéndose indistinguible, volvió a mirar al frente y continuó con sus movimientos de timón. Navegó toda la noche sin rumbo fijo y sin apenas parpadear, como un cuerpo desposeído de su alma.

Justo antes del amanecer, cuando el astro nocturno estaba al filo de sus dominios, encalló en una tierra de la que ni siquiera parecía haberse percatado. Recorrió la cubierta en el mismo estado en que había estado sumido durante el viaje, sin alterar en lo más mínimo la expresión de su rostro. Descendió por la escalerilla sin ningún equipaje y posó los pies en la arena. Ante sus ojos se mostraba una pequeña aldea construida con madera y bambú, iluminada por las tenues llamas de las antorchas que rodeaban las viviendas. Esas luces danzantes e hipnóticas creaban un ambiente tranquilo, casi ancestral, que absorbió al navegante algunos minutos. Por fin, sus labios, semicultos en sus barbas, se curvaron en una ligera sonrisa. Quizás aún había esperanza. Quizás tenía una oportunidad de huir del pasado y comenzar de nuevo.

Capítulo III. Luna llena

June se esforzaba por mantenerse en pie frente a su cama y no desplomarse, pese a que sus fuerzas abandonaban su cuerpo cada noche que él volvía borracho. Sus piernas salpicadas de manchas informes temblaban tanto como la primera vez que en ellas se imprimió un signo de violencia, el mismo día que la primera espina de la realidad se clavó en su ingenuo corazón. Sus brazos abrazaban su propio cuerpo, los únicos que todavía le daban sensación de seguridad. Su abdomen se contraía involuntariamente, como único signo de sus sollozos ahogados. Su rostro... prefería no mirarlo, por miedo a no reconocerlo. De nuevo.

Todo parecía ser igual que las otras noches crueles grabadas en su memoria. Externamente, así era. Pero en su interior, una fuerza tal vez insuflada por el tiempo o el desamor la hacía mantenerse en pie mientras meditaba una salida, porque sabía que si se dejaba caer sobre el lecho despertaría a la mañana siguiente con el desayuno en la cama y la promesa vacía de que esa sería la última vez.

Cuando su cuerpo se destensó y sus músculos volvieron a responderle, metió en una mochila su teléfono móvil y su cartera, dejando sobre la cama, pese a la gélida temperatura exterior, el abrigo de cuerpo entero que tantos días calurosos la vergüenza la había obligado a llevar. Abrió cautelosa pero decidida la puerta de su habitación. Recorrió a oscuras y en silencio el pasillo que conducía a la puerta de su casa. Antes de girar el pomo echó un vistazo al salón a través de la puerta entreabierta, donde su novio murmuraba sinsentidos con la espalda apoyada en el sillón.

Le dedicó la que esperaba que fuese la última mirada de odio y resentimiento, con lágrimas de furia difuminando su visión, y atravesó el umbral hacia la libertad, culminando el ciclo de mentiras y violencia que había durado dos inviernos. Una vez en la calle, segura de que el eco no la pudiese delatar, marcó ese número que tantas veces había escrito pero al que nunca había llamado, mientras su mirada se clavaba en el plenilunio. 016. “Llamo para hacer una denuncia...”

Capítulo IV. Luna menguante

Al borde de la barandilla de su balcón, allí se hallaba el fin. Ese que había perseguido tanto y del que, al mismo tiempo, había huido tantas veces. No lo encontró en el fondo del mar en una noche solitaria, ni en el borde de un risco desde el que se avistaba la densa niebla abisal. Una enorme fuerza, quizás la del destino, había atraído su cuerpo hasta el balcón con la intención de algo más que disfrutar la brisa nocturna, como un imán que no puede resistirse al polo magnético que lo atrae.

Esta vez, sentía que ese momento de clarividencia que la había salvado de sí misma en otras ocasiones no llegaría, porque no sentía tener control sobre su cuerpo. Aunque su mente le ordenase dar media vuelta, este no respondería.

Atrapada en este sentimiento de impotencia, sentía como si su propio ser menguase al tiempo que lo hacía su voluntad, como si así la caída le asegurase no volver a despertar en la prisión de su cuerpo. Solo tenía que inclinarse un poco hacia delante, una ráfaga de viento ayudaría. La policía nunca sabría si fue aquello, el impulso de su subconsciente o una mezcla de ambos lo que acabó con su sufrimiento.

Capítulo V. Selene

Nilo recorría silencioso la senda del bosque. Era su momento favorito del día, el paseo nocturno. Esos veinte minutos no eran comparables al efecto de diez tilas ni a un baño caliente tras un día en la nieve. La certeza de estar a solas con la naturaleza, en plena conexión con ella y con los seres que la pueblan, sin más intención que desconectar del acelerado mundo urbano en que se veía obligado a vivir, sumía su conciencia en una paz que ninguna infusión ni sensación corporal le transmitían.

Llevaba tantos años explorando el bosque que él solo había creado la senda natural que en ese momento recorría, y los animales ya se habían acostumbrado tanto a su presencia que eran los únicos que no huían en un encuentro con un ser humano. Un zorro al que había bautizado con el nombre de Vixey solía acompañarle unos metros del camino antes de retomar su tarea de cazar, y Nilo siempre le llevaba los ratones que atrapaban sus trampas caseras. Habían formado un vínculo tan estrecho que hasta se dejaba acariciar mientras comía.

Una vez se hubo marchado, Nilo se dispuso a continuar la ruta, pero un batir de alas en la copa de un árbol cercano llamó su atención. Al girar la vista descubrió en una de sus ramas un búho albino con unos ojos amarillos que parecían brillar en la oscuridad. Se trataba de un avistamiento excepcional e inédito para él, por lo que cuando el ave emprendió el vuelo, no dudó en seguirla, desviándose del camino y abriéndose paso entre la maleza.

Desembocó en un claro en los confines del bosque, limitado en aquella zona por un barranco. No vio al búho. En su lugar, se topó con una aparición sobrenatural. Meditando en el borde del precipicio se encontraba la mujer más pálida que había visto nunca. Sus cabellos eran tan blancos como la luz de luna que más que reflejarse parecía emanar de ellos, y vestía una túnica de seda celeste que dejaba al descubierto su espalda. Aquel espíritu levitaba unos centímetros sobre la tierra, pero lo que más llamó su atención fue su espalda. Un tatuaje de las cuatro fases lunares brillaba nítido en su columna.



Luna de cristal (Claudia) Avilés

La tercera en discordia

Él tenía una relación con otra mujer y yo lo sabía. Una noche vino a pasarla con nosotros. Cenamos juntos, esperó fuera de la habitación a que tengamos sexo y después dormimos los tres en nuestra cama. Amanecemos abrazados: ella en el medio, yo apoyada sobre su cuerpo, acariciándola, y ella a mí. Con mi otra mano lo acariciaba a él. Era un poco incómodo. Pero estábamos bien.

Al levantarnos, yo tenía que salir afuera, no sé si iba a tirar la basura o a lo de un vecino, pero volví rápido. Al irme le di un beso a él, y como estaba ella ahí, sentí que no me lo dio bien, que medio me quiso esquivar la cara y me terminó dando un piquito de mierda. Y al volver a entrar, nos pusimos a bailar desnudos —una costumbre muy nuestra que nos encantaba—, pero ese día se notaba que él no estaba tan presente en ese acto, como que le incomodaba que ella estuviera mirando. No había ninguna emoción que perturbara a la mujer, pero él sentía que tenía que ir a cumplir con algo, a atenderla.

Mientras esto sucedía, había otras personas en la casa —no sé si era mi hermana y Luz (una amiga), o quién—, pero después de ver ese beso frío y a esa mujer desconocida, para ellas, en la casa, me preguntaron: —¿Qué onda? ¿Hicieron trío?

Y yo les contaba que no, que ni en pedo haría eso, pero que a la vez estuvo todo re bien, que estaba sorprendida de que no hubo conflicto y estuvimos cómodos. Lo más loco es que era “La Fina”, una compañera de la primaria que era nerd, como él.

Cuando me desperté me sentí rara. Pero al toque me di cuenta de que lo que “ella” representaba en el sueño era su trabajo. Que siempre está en el medio. Que es con quien yo compito. Que me abraza porque gracias a eso nos mantiene. Y que yo la acaricio a “ella” por el mismo motivo, porque valoro los gustos que nos damos gracias a que él trabaja tanto. Y a él lo abrazo porque lo amo, lo elijo, y acepto las cosas tal cual son ahora.

Fue muy fuerte darme cuenta de todo esto en un sueño.

Al otro día, estaba tan impactada del autoanálisis que había hecho, que se lo conté, y me dijo:

—¡Qué profundos son tus sueños! Yo soñé que luchaba con un extraterrestre.



Mariana Piccirilli

Santa Fe Capital

CRUZANDO LOS ABISMOS

Cruzando los abismos te encontré
un día cualquiera
cuando yo también cruzaba algunos,
reconocí tu corazón despojado de alharacas y
artificios,
el marrón de tus ojos en tu mirada desteñida,
el rictus de tu cara en tu sonrisa ausente.
Y tú no te extrañaste de que estuviera allí,
será que me esperabas,
fui para ti luz.
Agarraste mi mano como un náufrago azul
y los dos, en la orilla, nos hicimos más fuertes.
Sobraron las palabras,
sobraron las excusas,
no hizo falta nada,
todo alrededor se tornó calma.

M^a Paz Plaza Santamaría

Segovia

El olor de donde vengo

Había un olor en la casa de mis abuelos
que no sé si era a sopa, a madera,
a ropa secándose en los cordeles,
o a las manos de mi abuela
cuando partía el pan
y colaba el café
como si fuera un milagro cotidiano.
Era un perfume sin nombre,
una mezcla de fe, polvo,
y un silencio mullido
que nunca asustaba.
La sala olía a tardes sin prisa,
a cáscaras de naranja,
a la radio contando historias
que nadie escuchaba del todo.
Y cada habitación guardaba un secreto,
el armario, una chaqueta
con olor a padre antiguo;
la cocina, la risa de mi abuelo
metida en los cajones.
Yo no lo sabía entonces,

pero ese aroma era la infancia:
el lugar exacto donde el mundo
no dolía todavía.

Busco ese olor en el cuello de mi hijo,
en sus dedos manchados de plastilina,
en la risa que suelta
cuando corre sin motivo.

Y a veces, por un segundo,
cuando me abraza sin razón,
la casa de mis abuelos vuelve, entera,
como si nunca se hubiera ido.

Yuleisy Cruz, Italia

AMOR A ESCONDIDAS

Miriam Cáglayan

Detrás de los arbustos altos del parque,
sus cuerpos se funden con la sombra y
el perfume de las rosas.

Él le alza la falda, sus dedos se deslizan
como si ya conocieran el húmedo
camino. No escatiman besos, ni caricias,
ni susurros.

Ella lo guía con la cadera, los labios
entreabiertos y los ojos cerrados.

La ciudad murmura allá lejos,
indiferente, como ausente.

El banco de piedra es cómplice; sus
gemidos son bajos pero urgentes.

Sus bocas se buscan entre jadeos. Las
manos descubren territorios tibios y
mojados.

Cuando el clímax los sorprende, no
dicen nada. Sólo ríen temblando como
adolescentes. Y la Plaza de las
Esculturas, esa tarde, es selva y lecho.

EL FIN

Es tarde. Con un calor abrumador, el crepúsculo despunta en el horizonte. Estoy cansado de la vida, harto del trabajo. Soy un zombi con una maleta marrón. La gente corre a mi alrededor; sin embargo, ni el bullicio ni la desesperación de los que pasan volando me hacen levantar la mirada. La traigo pegada al piso, como siempre, arrastrada contra el asfalto. Desde hace una semana, siento que, al caminar, he dejado un poco de mi alma en las hendiduras que señalan cada tramo de la acera.

Un estropicio me sacó de mi ensoñación y me hizo mirar al cielo. Una cantidad indescriptible de humo ha tapado la luz del sol, obligando al día a terminar. Naranjas, rojos y amarillos decoran la atmósfera, y una sofocación nos desespera a todos los que vamos por la calle, a tal punto que no podemos respirar libremente. Con la nariz y la garganta taponadas por el humo denso, la saliva se ha vuelto tan espesa que a la lengua le cuesta trabajo llevarla a su lugar.

Corro en contra de la gente, calle arriba, hasta el puente de los enamorados. La densa niebla solo es opacada por la luz del fuego que emana a lo lejos desde el centro de la Tierra. Llegué al puente, en efecto, y al mirar el agua que yacía bajo mis pies, el calor palpitante quemó mi rostro. El agua del río está hirviendo, y el vapor destapa nuestras fosas nasales, dejando una leve sensación de ardor, pero alejando el ahogo del humo.

Frente a nuestras miradas, el fuego forma una columna gigantesca sobre las montañas, tiñendo de colores cálidos la naturaleza que lo rodea. Alguien que me mira desde el otro extremo del puente lleva sus manos al rostro y llora.

Hubiese querido sentir desesperación y correr violentamente como los cientos de personas que se tropiezan a mi lado, huyendo del río y del puente; no obstante, me quedé contemplando el fin de ese espacio con la misma parsimonia con la que he venido contemplando el fin de mi propia existencia. Pasados unos segundos, la Tierra se movió de su eje, arrastrando cada capa y removiendo lo que quedaba en la superficie.

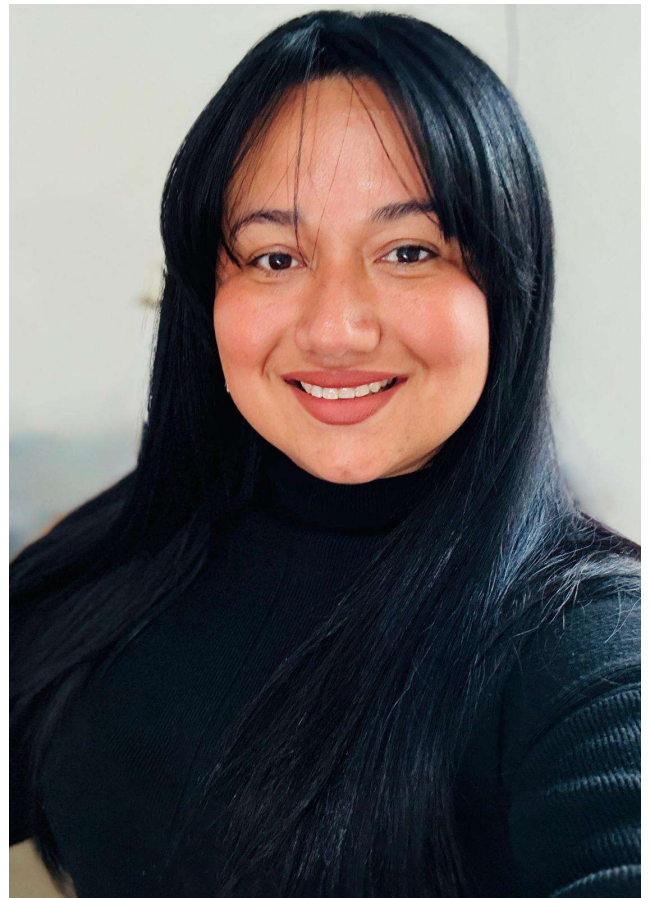
Preso del pavor, me llevé las manos al rostro y volteé a ver el rostro del ser que me miró desde el otro extremo, pero el fuego lo había consumido. Ya quietos, apaciguados, como quien espera la hermosa nota final

de una sinfonía. Nos miramos con nuestra parvura mientras, debajo de nuestros pies, un gran abismo se abría, sacudiendo al planeta entero.

Me quedo inmóvil, devastado, llorando, pero no por esto. Quizás hubiese corrido hace una semana, antes de que te fueras, por aquellos días luchar aún tenía sentido, pero tampoco hice el intento. Las vidas sin propósito nos llaman. Si, el mundo se está acabando hoy, poco importa; el mío se acabó hace una semana, cuando cruzaste la puerta para siempre.

ROSELY MENDOZA

LA FLORIDA, USA





RAMAS SEPARADAS

MARÍA JUDITH PARRA GÓMEZ

A mi madre, por enseñarme que el amor también nace del dolor, por brindarme todo y permitirme vivir.

A mis hermanos, porque, aunque el tiempo y la distancia intentaron separarnos, siempre hubo un hilo invisible que nos mantuvo juntos.

A mis tías, primos y amigos que hacen parte de esta novelística.

Y a una persona que, sin ser sangre, junto a su familia y sus amigos, me abrazó como a una hija, me inspiró a encontrar mi voz y me alentó a contar esta historia.

Gracias por creer en mí cuando yo misma dudaba.

NINGUNO SABÍA DEL OTRO.

CINCO VIDAS. CINCO HISTORIAS. CINCO CAMINOS QUE, AUNQUE DISTANTES, ESTABAN UNIDOS POR UN HILO INVISIBLE, TENSO Y FRÁGIL, DEL MISMO ORIGEN, QUE EMPEZARÍA A TIRAR DE ELLOS, SIN QUE PUDIERAN EVITARLO.

DURANTE AÑOS, CADA UNO CRECIÓ CREYÉNDOSE HIJO ÚNICO, CON UNA FAMILIA DIFERENTE, COSTUMBRES, CIUDADES DISTINTAS Y UN APELLIDO QUE NO COMPARTÍA CON NADIE.

HASTA QUE LA CARTA LLEGÓ.

Y CON ESTA CARTA, COMENZÓ EL PRINCIPIO DE ALGO MÁS GRANDE QUE ELLOS MISMOS: LA HISTORIA QUE LOS UNIRÁ... O DESTRUIRÁ.